



10

¿POR QUÉ, SEÑOR? ¿POR QUÉ?

El sol de setiembre brillaba con fuerza, en un cielo límpido, profundamente azul. Típico cielo invernal cordobés. El aire, quieto, hacía pensar que la belleza del jardín interior del convento era más una pintura, que una naturaleza viva. Sin embargo, algunos gorriones echaban a volar en pequeñas bandadas, sincronizados por quién sabe qué causas misteriosas.

Con paso lento, el P. Torres apareció por uno de los caminitos de piedra que surcaban el patio, mientras leía la carta que tenía entre manos. Absorto en la lectura, no se percató de la presencia del Hno. Roque quien, de rodillas, arremangado, con las manos sumidas en la tierra, estaba haciendo un hoyo donde plantar el jazmín que descansaba a su lado. Aprovechaba que parecía haber terminado la época de los vientos; con ellos, el trabajo se complicaba...

- Buenos días, Padre. Está lindo el solcito, ¿no?
- ¡Hola, Hermano! ¡Veo que está muy bien ocupado!
- Padre... después de ver, en la Cordillera, tanta piedra desnuda, sin nada de vegetación... – contestó riendo mientras se ponía de pie – me he vuelto amante



de este jardín y cuidador comprometido con cada una de sus plantas. ¡Solo las valoré cuando no las tuve!

- ¡Así es! ¡Es lo que nos pasa en todos los órdenes! – El Padre meneó la cabeza con tristeza y preocupación –. Mire nomás a la gente de Sevilla: tienen la gracia de contar con la presencia de religiosas Mercedarias, ¡pero no las valoran!, y las pobres tienen que mendigar para recuperar su propio convento y su forma de vida. ¡No se puede creer!
- ¿Cómo es eso? ¡No entiendo!
- ¡Lo de siempre, Hermano, lo de siempre! Hubo una revolución civil, las Hermanas fueron expulsadas de su convento y... ¡Escuche!: – tomó la carta con las dos manos y leyó algunos párrafos, con evidente dolor – *“... a consecuencia de las Revoluciones que hemos sufrido en esta Nación Española, especialmente en la de 1.868, experimentamos la desgracia de ser lanzadas de nuestro amado convento y unidas a otra Comunidad de diferentes Reglas e instituto”... “12 años han transcurrido; no es posible comprender nuestros sufrimientos en ver que no podemos cumplir mucha parte de nuestras Reglas y Constituciones, y lo que se cumple es con sumo trabajo teniendo que atrasar o adelantar nuestros actos de Comunidad; ninguno se hace a su tiempo ni con el orden debido”... “Pero lo que sobre todo nos hace desfallecer de pena, es ver acabarse nuestra Comunidad si continuamos algún tiempo más, sin tener convento propio.”...* Realmente, ¡me parte el alma leer esto! ¡Ojalá pudieran venir a la Argentina! Pero eso, al menos por ahora, es imposible.
- Y... ¿tienen alguna idea de cómo encontrar solución? – preguntó el Hermano, igualmente preocupado.
- Sí. Nos piden limosna a todos los Provinciales de América. El intermediario, para garantizar transparencia, será nuestro flamante Maestro General. A propósito, ¡menos mal que hicimos el viaje a Chile, y pude ver al P. Valenzuela entonces! ¡Quién iba a pensar que, justo él, resultaría electo como nuestro Generalísimo! He quedado con mucha paz desde entonces.
- ¡Es verdad! Pero – añadió el Hermano con un gesto de picardía – nos quita la excusa para emprender otro viaje como aquel.



El P. Torres celebró alegremente la ocurrencia. Sin embargo, él prefería evitar situaciones similares, mientras pudiera. Pensó en el Gral. José de San Martín, cuyos restos habían llegado desde Francia tres meses atrás, y en su corazón le rindió homenaje por su valor y amor a la Patria y a la Libertad. Cada cual tenía su camino de servicio... él seguiría el propio, con no menos valor y amor que el General, pero con las armas de la oración y la obediencia... ¡y cruzaría otra vez la Cordillera, solo que fuera imprescindible!

Todavía riendo, volvió a su habitación. Después contestaría a las Hermanas sevillanas y vería, con el Hno. Ecónomo, con cuánto dinero podrían ayudarlas. Antes, estaba comprometido con su hermana Josefa... ¡perdón!, ¡la Hermana Mercedes de María!... quien, al día siguiente, emitiría su primera Profesión de Votos. ¡Qué bendición del cielo, poder compartir con ella la experiencia vocacional! Es cierto que se verían poco, pero siempre estarían íntimamente unidos en el Espíritu. ¡Ojalá nunca les llegara a pasar, a ellas, lo que a las Hermanas Mercedarias de Sevilla! ¡Qué problema aquel!

– ¡Padre Provincial!

Giró sobre sí, y se encontró cara a cara con el P. Rufino Escobar.

- Sí, Padre. Dígame.
- Mire, acabo de recibir noticias del Sr. Obispo de Santiago del Estero.
- ¡No me diga que se ha arrepentido! – respondió el P. Torres, con un asomo de alarma en la voz. El año anterior se había mostrado sumamente dispuesto a devolverles la casa y el convento, de inmediato.
- ¡No, no! ¡En absoluto! – se apuró a tranquilizarlo el P. Rufino –. Por el contrario, no se cansa de manifestar su contento porque volvamos a su Diócesis. Solo me explica que, después de algunas dificultades con los obreros, la casa está lista, esperándonos. La feligresía ya ha sido notificada de nuestro regreso, y nos están preparando un recibimiento de lujo. Espero estar a la altura de las circunstancias. – Su voz sonaba entre la preocupación y el entusiasmo.
- Padre Rufino, ya le he dicho que tengo la plena certeza de que usted es la persona indicada para estar al frente de esa comunidad. Usted sabrá guiar a sus hermanos para que sean fieles observantes y testigos creíbles, dignos de imitar. Además, sabe que cuenta con todo mi apoyo. ¡No lo dejaré solo!



Horas más tarde, arrodillado delante del Sagrario, fue presentando al Señor, uno a uno, los temas que albergaba en su interior y cuya resolución quería dejar en Sus Manos: la fidelidad y felicidad de su hermana... la nueva comunidad de frailes en Santiago del Estero (¡ya eran cuatro las comunidades en la Provincia!... ¡Gracias, Señor!)... un corazón pacificado y seguro para el P. Rufino... ¡Cómo olvidar a las Mercedarias de Sevilla! ¿Por qué, Señor, las quisiste tan lejos?... Y recordó a Nicasia, la joven que se confesaba con él y que tanto amaba el hábito de la Virgen... ¿Por qué, Señor?... ¿Por qué?...